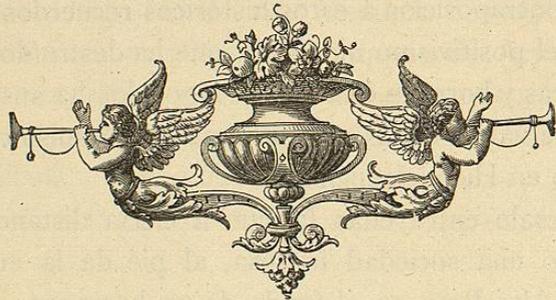


* Más allá se extiende la provincia hasta las riberas del Jarama, lindando con la de Madrid, las villas de Úceda y Torrelaguna, quedando dentro de la provincia la de Tamajón y sus útiles canteras.



CAPÍTULO X

Atienza

SEGÚN nos aproximamos á la sierra que continuando la de Guadarrama, y con dirección al nordeste divide ambas Castillas, la naturaleza más adusta y los monumentos más sombríos parecen tomar el colorido de la región cercana, cuyos recuerdos se internan más hondamente en la noche de los siglos: hay algo allí de más feudal, algo de propiamente godo donde apenas se reconocen vestigios de la vivacidad meridional y de la molicie agarena, perfectamente caracterizado por las construcciones bizantinas del siglo XII. En aquel tiempo florecía Atienza entre los pueblos fronterizos, y todavía retiene el sello de su época, situada como está en la falda oriental de un cerro y al abrigo de un castillo, del cual parten tres líneas de muralla, atravesando unas por medio de la población, y otras cercándola por fuera, flanqueadas de torres y guarnecidas de cubos sus puertas. Seis parroquias cuenta aún hoy día, catorce

contaba antiguamente (1); y aunque unas por pequeñas, otras por renovadas en el siglo XVI, no merecen detenido examen, sus altas torres de piedra y la casa gótica *del Cordón* y los sombríos soportales de la plaza hablan á la fantasía como testigos de lo pasado. Corría el siglo IX, y ya la fuerte *Atinacia*, cuyo nombre entre los romanos si es que lo tuvo se ignora, fué tomada por Alfonso III en una de sus aventuradas excursiones; en 985, volviendo de la asolada Galicia el terrible Almanzor, la castigó fieramente por haberse levantado, ora fuese sacudiendo el yugo de los sarracenos, ora tomando parte en sus discordias intestinas. En 1012 la libertó pasajeramente el conde Sancho García; en 1083 aseguró su conquista Alfonso VI, aunque la tradición la hace teatro de los triunfos del Cid contra los moros valencianos que acudieron á socorrerla. No há muchos años que sus recuerdos recordaban con una solemne cabalgata el servicio prestado á Alfonso VIII en su menor edad, cuando para librarle de las manos del rey de León, su tío, le acogió la villa en 1161 bajo el amparo de su fortaleza, y secundando el celo de los Laras, supieron sus naturales conducirlo hasta Ávila sin tocar en poblado. Los fueros de Atienza remontan á la primera mitad del siglo XII; sus términos, celebrados por su copiosa caza en los viejos libros de montería, se extendían á gran distancia; gozaba de voto en cortes; sus armas eran las mismas que las reales; y su pendón concejil brilló en el gran combate de las Navas y en la toma de Algeciras. En 1367 se declaró por D. Enrique contra D. Pedro, y ofrecieronla á Duguesclin casi á un tiempo los

(1) Las subsistentes son la Trinidad, el Salvador, San Juan, que es la más espaciosa y de tres naves, situada entre dos plazas, San Bartolomé, San Gil y Santa María, que, según tradición, es la más antigua: las destruidas son San Esteban, San Martín, Santiago, San Nicolás el alto, San Miguel, San Pedro, San Nicolás de Covarrubias y Nuestra Señora del Val. Existían además en Atienza dos conventos, de San Francisco y de San Antonio, y permanece un espacioso hospital, al cual se han agregado otros varios. En el distrito de Atienza y sierra de Alto-rey hubo un convento de templarios, cuya iglesia reedificada en el último siglo es hoy ermita de gran devoción, conservándose la casa del maestro en el vecino pueblo de Bustares.

dos competidores, el uno para obtener su libertad en Montiel, el otro para recompensarle de su cooperación al fratricidio.

* En las desastrosas luchas de D. Juan de Navarra contra D. Juan II de Castilla, que impropriamente llamaron de los Infantes de Aragón hasta en los cantos populares, Atienza y Torija, en poder del entrometido y turbulento navarro, fueron el azote, Torija de la Alcarria, Atienza de la Campiña.

* Derrotado en Olmedo el rey de Navarra por D. Álvaro de Luna, dejó aquél por alcaide del fuerte castillo de Atienza y su bien murada villa, á Rodrigo de Rebolledo, valeroso y arriesgado caudillo de aguerrida y no escasa guarnición. Para abastecerlas de lo necesario saqueó las villas y aldeas inmediatas, que en su ira acudieron al monarca con quejas, súplicas y ofertas. Desde Berlanga vino el rey D. Juan II con su favorito D. Álvaro, poniendo su campo al pié del muro, de tal modo, que las piedras de los sitiados herían á los del real. Pensó el rey tomarla de rebato, pero fracasaron sus asaltos.

* Reforzado su ejército con más numerosa hueste, bombardas y otros aprestos militares, logró apoderarse del arrabal, no sin que el maestre de Santiago, D. Álvaro, expusiera su libertad y aun su vida; pues llegando á la puerta de la villa con sólo cuatro soldados, vióse preso, llegando uno de los sitiados á coger las riendas de su caballo, librándose á duras penas después de cortar el brazo con su tajante espada al que sujetaba su caballo.

* Por conciertos con el de Navarra entró D. Juan en la villa, mas no en el castillo. Uno y otro monarca se acusaron de mala fe, y después de estar allí ocho días, el de Castilla salió de la población el 20 de Agosto de 1446, no sin haber derrocado casas y muros, y pegado fuego á la villa, que mucho tardó en reponerse de tamaño estrago.